

Eugène Ionesco

SRA. MARTIN. — ¡Bazar, Balzac, Bazaine!

SR. MARTIN. — ¡Paso, peso, pisol!

SR. SMITH. — ¡A, e, i, o, u, a, e, i, o, u, a, e, i, o, u, il

SRA. MARTIN. — ¡B, c, d, f, g, l, m, n, p, r, s, t, v, w, x, z!

SR. MARTIN. — ¡Del ojo al ajo, del ajo al hijol!

SRA. SMITH (*imitando al tren*). — ¡Teuf, teuf, teuf, teuf, teuf,
teuf, teuf, teuf, teuf!

SR. SMITH. — ¡Es!

SRA. MARTIN. — ¡No!

SR. MARTIN. — ¡Por!

SRA. SMITH. — ¡Allá!

SR. SMITH. — ¡Es!

SRA. MARTIN. — ¡Por!

SR. MARTIN. — ¡Al!

SRA. SMITH. — ¡Quí!

Todos juntos, en el colmo del furor, se gritan los unos a los oídos de los otros. La luz se ha apagado. En la oscuridad se oye, con un ritmo cada vez más rápido:

TODOS JUNTOS. — ¡Por allá, por aquí, por allá, por aquí, por allá, por aquí, por allá, por aquí, por allá, por aquí, por allá, por aquí, por allá, por aquí!

Las palabras dejan de oírse bruscamente. Se encienden las luces. El señor y la señora MARTIN están sentados como los SMITH al comienzo de la obra. Esta vuelve a empezar esta vez con los MARTIN, que dicen exactamente lo mismo que los SMITH en la primera escena, mientras se cierra lentamente el telón.

TELÓN

⁸ En la representación se suprimieron o intercambiaron algunas réplicas de esta última escena. Por otra parte, la repetición final —si se la puede llamar así— estaba siempre a cargo de los Smith, pues al autor no se le ocurrió sustituir a los Smith por los Martin hasta la centésima representación.

Guilherme Figueiredo LA ZORRA Y LAS UVAS

«La zorra y las uvas» fue estrenada por la Companhia Dramática Nacional Brasileira en la temporada de 1953 con Sérgio Cardoso en el papel de Esopo. Se estrenó el 18 de abril de 1956, por el Teatro Popular Casacuberta, en su primer temporada, en el Estádio Casacuberta de la ciudad de Buenos Aires.

La zorra y las uvas es una obra de teatro en un acto y dos cuadros. Fue escrita por Guilherme Figueiredo y estrenada en el Teatro Popular Casacuberta de la ciudad de Buenos Aires el 18 de abril de 1956. La obra es una adaptación de la fábula de Esopo.

REPARTO POR ORDEN DE APARICIÓN:
JOSÉ GILLO (Esopo)
EUCENIO FERRER (Zorra)
JOSÉ VASCARÓ (Zorro)
ANGEL VICO (Zorro)
MIGUEL SEGOVIA (Zorro)
JORGE THOMPSON (Zorro)
FERNANDO AGUIAR (Zorro)
CARLOS ACERBA (Zorro)
DELMA RICCI (Zorro)
CELESTINA RICCI (Zorro)
JOSÉ GILLO (Esopo)
EUCENIO FERRER (Zorra)
JOSÉ VASCARÓ (Zorro)
ANGEL VICO (Zorro)
MIGUEL SEGOVIA (Zorro)
JORGE THOMPSON (Zorro)
FERNANDO AGUIAR (Zorro)
CARLOS ACERBA (Zorro)
DELMA RICCI (Zorro)
CELESTINA RICCI (Zorro)

LA ZORRA Y LAS UVAS

"La zorra y las uvas" fue estrenada por la Compañía Dramática Nacional Brasileira en la temporada de 1953, con Sergio Cardoso en el papel de Esopo. Se estrenó el 18 de abril de 1956, por el Teatro Popular Casacuberta, en su primer temporada, en el Teatro Candilejas de la ciudad de Buenos Aires.

REPARTO POR ORDEN DE APARICIÓN

CLEIA	LILIAN RIERA
MELITA	DELMA RICCI
XANTOS	CARLOS ACEBAL
ESOPO	FERNANDO ACEBAL
ETÍOPE	MIGUEL SEGOVIA
AGNOSTOS	JORGE THOMPSON

Dirección general: JOSÉ GALLO y EUGENIO FILIPPELLI

Escenografía y vestuario: ANTÓN

Realización: JOSÉ VACCARO

Música: HÉCTOR SORÍN

Luminotécnica: ÁNGEL VICO

ACTO PRIMERO

La casa de Xantos en Samos. Entradas a derecha, izquierda y al foro. Un gongo. Algunas banquetas. Un "clis-mos. Por el pórtico, al fondo, se ve el jardín. En escena CLEIA, esposa de Xantos, y MELITA esclava. Melita está peinándole los cabellos a Cleia.

MELITA (*en tanto peina los cabellos de Cleia*). — ... y entonces Aminda contó que Crisipo reunió a sus discípulos en la plaza, señaló a tu marido y dijo: "Tienes lo que no perdiste" Xantos, respondió: "Es cierto." Crisipo, continuó: "No perdiste cuernos..." Xantos, asintió: "Exacto." Y Crisipo, concluyó: "Tienes lo que no perdiste... No perdiste cuernos; luego los tienes." (*Cleia se ríe.*) Todos se rieron a placer.

CLEIA. — Es ingenioso. Es lo que ellos llaman un sofisma. (*Breve pausa.*) ¿Mi marido va a la plaza para ser insultado por los demás filósofos?

MELITA. — No. Xantos es sumamente inteligente. En medio de las risas generales, le dijo a Crisipo: "Crisipo, tu mujer te engaña y no porque no tengas cuernos... Lo que has perdido es la vergüenza." Se acabaron las risas, y los discípulos de Crisipo y los de Xantos se lanzaron unos contra otros.

CLEIA. — ¿Riñeron?... (*Melita, asiente.*) ¿Aminda cómo ha sabido esto?

MELITA. — Estaba en la plaza.

CLEIA. — Vosotras, esclavas, sabéis lo que pasa en Samos mejor que nosotras, las que somos libres.

MELITA. — Las mujeres libres no salen de casa. En cierto modo, son más esclavas que nosotras.

CLEIA. — Es verdad. (*Breve pausa.*) ¿Te gustaría ser libre?

MELITA. — No. Cleia. Vivo bien aquí y todos me consideran. Es bueno ser esclava de un hombre ilustre como tu marido. Pude haber sido comprada por algún mercader, o por algún soldado; pero tuve la suerte de venir a ser de tu marido.

CLEIA. — ¿Eso te parece un consuelo?

MELITA. — Me parece un honor. ¡Es un filósofo, Cleia!

CLEIA. — Yo preferiría que fuese menos filósofo, y más marido. Para mí, los filósofos son personas que se dedican a aumentar el número de los substantivos abstractos.

MELITA. — ¿Xantos inventa muchos?

CLEIA. — Ni siquiera eso. Y ahí está lo ridículo: es un filósofo que no enriquece el vocabulario de las controversias. ¿Terminaste?

MELITA. — Casi. Es agradable peinar tus cabellos, mis dedos se quedan con el tono y con la luz que tienen. (*Breve pausa.*) ¿Xantos te besa los cabellos? (*Cleia hace un mohín desdeñoso.*) Yo admiro a tu marido.

CLEIA. — ¿Por qué no dices también que estás enamorada de él. Te encantaría, ¿no?, que me repudiese, que te hiciera libre... y que se casara contigo.

MELITA. — No digas eso... (*Breve pausa.*) Además, Xantos te quiere.

CLEIA. — A su manera. Formo parte de sus bienes, como tú, las demás esclavas, y esta casa.

MELITA. — Cuando viaja, te trae siempre un regalo.

CLEIA. — No es el amor lo que mueve a los hombres a

hacer regalos a sus mujeres. Es la vanidad... o el remordimiento.

MELITA. — Xantos es un hombre ilustre.

CLEIA. — Es el filósofo de la propiedad: "Los hombres no son iguales; y a cada uno le corresponde una dádiva o un castigo..." La democracia griega es esto: el derecho que tiene el pobre a elegir su tirano. El derecho que tiene el tirano a decidir si te deja pobre o te hace rico; si te deja libre o te hace esclavo. Es el derecho que tiene el pueblo a oír a Xantos decir que la injusticia es justa, que el sufrimiento es alegría; y que este mundo fue organizado de modo que él pueda beber buenos vinos, tener una casa espléndida, amar a una mujer hermosa. ¿Terminas?

MELITA. — Sí... Un momento, y vas a estar aún más bonita para tu filósofo.

CLEIA (*con un leve matiz de desdén*). — Mi filósofo... Los filósofos son siempre criaturas demasiado llenas de palabras.

MELITA. — Tú no lo quieres. De haber estado en la plaza el otro día, te hubieras reído de él como los discípulos de Crisipo; él, en cambio, te quiere, es rico, te hace regalos.

CLEIA. — Los tira a mis pies, como limosnas. (*Pausa.*) Dime, Melita: aquél capitán de guardias que llegó a Atenas, ¿está todavía en la ciudad?

MELITA (*que ha terminado ya de peinarla*). — ¿Para eso te acicalas? (*Breve pausa.*) Tu marido llega hoy, Cleia.

CLEIA. — Entrará por esa puerta, y dirá: "Cleia, amor mío, te traigo un regalo." Y después: "Bueno... Me voy a ver a mis discípulos." (*Por la puerta del fondo, entra Xantos.*)

XANTOS (*entrando*). — ¡Cleia, amor mío, te traigo un regalo!

CLEIA. — ¡Ah!... ¿Has llegado? (*Cleia hace un gesto a Melita para que salga. Melita sale por la derecha.*)

XANTOS. — Bésame, Cleia. (*Un beso convencional.*) Es el regalo más curioso y más extraño de cuantos te he traído.

CLEIA. — Déjalo en la mesa.

XANTOS. — No puedo. Es muy grande. ¿Quieres verlo? (*Antes de que Cleia responda, Xantos bate palmas. Entra Esopo, vestido con un sayo que le llega hasta las rodillas.*)

CLEIA (*entre asustada y divertida*). — ¿Qué es esto?

XANTOS. — Tu regalo.

CLEIA. — ¿Esto?... (*Mirando a Esopo.*) ¿Esto? ¿Es un esclavo?

XANTOS. — Es un esclavo. Se llama Esopo.

CLEIA (*riéndose a carcajadas*). — ¡Qué feo es!

XANTOS (*con orgullo*). — Es el esclavo más feo de toda Grecia.

CLEIA. — ¿Y tuviste el valor de comprarme esto? Xantos: ¡es un insulto! ¿Cómo has tenido el valor de comprarlo?

XANTOS. — No lo he comprado.

ESOPO. — No me ha comprado. He venido de gracia.

CLEIA (*por Esopo*). — ¡Y habla!

XANTOS (*a Cleia*). — ¡De gracia, Cleia! ¿Te imaginas?... En el Pireo compré un negro etíope para las tareas pesadas, y el mercader de esclavos me dio este gratis. Tú no sabes apreciarlo. Pero es un tesoro.

CLEIA. — ¡Saca tu tesoro fuera de aquí!

XANTOS. — Espera, Cleia... Vas a ver.

ESOPO. — Había una zorra que no había visto nunca un león. Un día, se encontró de cara con uno; y como era la primera vez que lo veía, sintió tal pavor que por poco se muere. Al encontrarlo por segunda vez, aún tuvo miedo; pero menos. La tercera vez que lo vio, se atrevió a acercarse y a hablar con el león. Esta fábula nos enseña que nuestros ojos se hacen indiferentes a lo feo, del mismo

modo como se acostumbran a la belleza del cuerpo de la mujer querida.

XANTOS (*tras haber oído boquiabierto, la historia, dándose vuelta hacia Cleia*). — ¿Qué tal?...

CLEIA. — Es gracioso. (*A Esopo.*) ¿Te consideras un león?

ESOPO. — Un tigre y una zorra discutían para ver cuál de los dos era más hermoso. El tigre se vanagloriaba sin cesar de la variedad de su pelaje. La zorra, entonces, le dijo: "Soy más hermosa que tú, porque no tengo los colores variados en el cuerpo, sino en el espíritu."

XANTOS (*boquiabierto, como antes*). — ¿Qué te parece? ¡Es formidable!

CLEIA. — ¿Lo educaron en algún parque zoológico?

ESOPO. — El pavo real se burlaba de la cigüeña y le criticaba la pobreza de colores de sus plumas: "Yo me visto de oro y de púrpura; tú no tienes nada hermoso en tus alas." La cigüeña, le replicó: "Yo vuelo para cantar cerca de los astros, y alcanzo las alturas del cielo; tú sólo andas por la tierra llana y entre el barro."

XANTOS (*a Cleia*). — ¿Lo ves?... Es un colega, un filósofo.

ESOPO (*a Xantos*). — Te lo ruego: no me llames filósofo. Respetemos las palabras. Apenas si soy un narrador de fábulas.

CLEIA (*a Xantos, risueñamente sorprendida*). — ¡Te da lecciones!

XANTOS. — Me divierte. Dile a Melita que enseñe al etíope dónde tiene que alojarse. (*Cleia bate palmas. Entra Melita; y al ver a Esopo, no puede reprimir una exclamación de miedo y horror. Reprendiéndola.*) ¡Melita!

ESOPO. — Déjala que se asuste, señor. Estoy acostumbrado a ver el espanto en las caras de todos los que me miran. Cuando me ofrecieron a ti, ¿te acuerdas de lo que

te dije? Que aunque yo no sirviera para nada, podrías aprovecharme, si tenías hijos como personaje para darles miedo: "Si no os estáis quieto, llamo a Esopo para que os asuste..."

CLEIA (*sonriendo*). — ¡Es gracioso!

ESOPO. — Sí, mujer, sí; soy gracioso. Pero cuando hago reír a los demás no puedes imaginarte lo serio que yo me quedo.

CLEIA. — ¿De qué?

ESOPO. — De la fealdad de mi cara y de lo que digo. Ni una cosa ni otra provocan mi risa. No merecen esa demostración de inteligencia.

XANTOS. — Por eso me quedé contigo..., porque eres inteligente.

ESOPO. — ¿Tú te diste cuenta? (*Cleia se ríe.*)

MELITA. — ¡Pero es tan feo, Xantos..., ¡los dioses me perdonen!

ESOPO (*a Melita*). — Te perdonarán. Escucha esta fábula; un hombre pobre tenía una estatua de un dios, a quien rezaba para que le diera la riqueza. Como el dios no le atendía, el hombre lo tomó por una pierna y le reventó la cabeza contra la pared. La cabeza estaba llena de monedas de oro; y el hombre se enriqueció. Los dioses perdonan siempre a los hombres; para eso los inventamos. Si los dioses no existiesen, piénsalo bien, ¿quién había de perdonarnos?

CLEIA (*a Esopo*). — Es ingenioso lo que dices. (*A Xantos.*) Contesta, Xantos: ¿quién había de perdonarte?

XANTOS (*a Melita*). — Fuera hay un esclavo etíope que también es mío. Llévalo adentro. (*Melita sale por la puerta del fondo. Xantos se da vuelta hacia Cleia. Por Esopo.*) ¿Ves cómo es inteligente? Durante el viaje me sacó de muchas dificultades. Y hasta descubrió un tesoro para mí.

CLEIA (*a Esopo*). — ¿Descubriste un tesoro y se lo entregaste a Xantos?... ¿Por qué?

ESOPO. — Era muy pesado. De habérmelo quedado, tenía que cargarle... Dándoselo a tu marido, le obligué a soportar un fardo, como cualquier esclavo. Desprecio la riqueza. Los délficos ¿sabes?, tiran desde lo alto de un precipicio a los que entran en el templo de Apolo a robar objetos de oro. Ése es un castigo que no sufriré nunca. (*Melita entra por la puerta del fondo, seguida de un enorme negro etíope.*)

CLEIA (*por el etíope*). — ¿Y esto?

XANTOS. — Buena compra, ¿no? (*A Esopo, que ha dado un paso atrás al ver al etíope.*) No te gusta. ¿eh?

ESOPO. — Prefiero mis animales a los tuyos. (*Melita sale con el etíope por la puerta de la derecha.*)

XANTOS (*a Cleia*). — El etíope azotó a Esopo durante el viaje.

CLEIA. — ¿Lo azotó?... ¿Por qué?

XANTOS. — Yo se lo ordené. (*A Esopo.*) ¿No fue así?

ESOPO. — Así fue. Y el negro obedeció con una inteligencia sorprendente.

CLEIA (*a Esopo*). — ¿Por qué te azotaron?

ESOPO. — Quería ser libre.

CLEIA. — ¿Intentaste huir?

ESOPO. — No. Intenté conseguir que Xantos me libertase.

CLEIA. — ¿Y él te hizo castigar? (*A Xantos.*) ¡Es indigno de ti!

ESOPO. — No, señora... No. Es muy digno de él.

XANTOS. — ¡Te hago azotar de nuevo!

ESOPO (*con temor*). — ¡No!... ¡Por favor, no! Aún tengo el cuerpo herido de los golpes de la última vez. Te lo ruego, señor: no... ¡No!

XANTOS. — ¿Temes el dolor? Debías también hacerte estoico.

ESOPO. — Es humillante para el espíritu tener el cuerpo castigado.

CLEIA (a Xantos). — ¿Por qué no lo libertas? No sirve para mucho.

XANTOS. — ¡Eso es lo que tú crees! (A Esopo.) Cuéntale, Esopo, cómo fue nuestro viaje... Cuéntale la historia de la cesta del pan.

ESOPO. — Cuando veníamos, Xantos mandó que cada uno de los esclavos llevase un fardo. Todos procuraron los fardos menores, en los que había telas, vasos y estatuas. Yo elegí el mayor: una enorme cesta de pan. Todos se rieron de mí, hasta el etíope. Pero el primer día tuvieron que comer pan; y el segundo, también...; y el tercero. En poco tiempo, yo llevaba la cesta vacía, mientras los demás gemían bajo los fardos.

XANTOS (a Cleia). — ¿Eh?... ¿Qué tal? ¿No es inteligente?... Y lo que antes te he dicho: en el viaje, descubrió un tesoro.

CLEIA (a Esopo). — ¿Cómo lo descubriste?

ESOPO. — En el camino había un monumento con una inscripción que Xantos dijo que era indescifrable. Le pregunté: “¿Me libertas, si la descifro?” Xantos contestó que sí y yo leí lo que estaba escrito: “A cuatro pasos de aquí, hay un tesoro.” Xantos no quiso creerme: “¿Cómo puedo saber si es verdad que lo has descifrado?” —me preguntó. Y yo le dije: “Si te lo demuestro, ¿me darás la mitad de lo que encontremos?” Xantos, asintió. A cuatro pasos de allí, abrí un hoyo y encontré un cofre lleno de monedas. Xantos, entonces, me hizo azotar.

XANTOS — ¿Qué necesidad tienes de un tesoro?... ¿Ni de ser libre? Ningún placer te consolará de ser feo, ninguna riqueza te dará alegría. Es mejor que yo sea rico, y que tú seas mi esclavo.

CLEIA. — Debías liberarlo. Ni siquiera sirve de adorno a nuestra casa.

XANTOS. — ¿Tú también te pones de su parte?

ESOPO (a Cleia). — ¿También tú te pones de mi parte? No debes hacerlo. Yo soy útil, señora. Descubro tesoros, cuento fábulas divertidas, sé resolver dificultades. Un hombre que tenga todo esto en su mano, ¿es capaz de renunciar a tanta fortuna? Además, soy feo, no gusto a las mujeres: mis amos no tienen por qué sentir temor por mí. No puedo huir, pues todos me reconoceran. (Melancólico.) Pero me gustaría ser libre. No he visto del mundo más que un trémulo reflejo de la vida, a través de mis lágrimas. Por eso estoy siempre triste, y soy desconfiado.

CLEIA. — Déjalo libre, Xantos.

XANTOS (irritado). — ¿Qué satisfacción encuentras en querer malbaratar mis bienes? ¿Dejar libre a un esclavo?... ¿Qué podría hacer, sin nadie en el mundo? No... (A Esopo.) Aún no estás maduro para la libertad. Sólo cuando aprendas conmigo a ser fuerte, rico, poderoso, podrás afrontar la vida sin extraviarte. (A Cleia.) Te dejo, querida. Voy a ver a mis discípulos. (Xantos sale por la puerta del fondo.)

CLEIA (a Esopo). — ¿De modo que quieres ser libre?

ESOPO. — Es el derecho a la esperanza, un derecho de los esclavos.

CLEIA. — ¿Para qué quieres ser libre?

ESOPO. — Debe haber un lugar en el mundo donde haya un arroyo en el que pueda beber agua en el hueco de las manos, sin que nadie venga decirnos si es hora de beber o de tener sed... Un lugar, donde los ruisñores no huyan cuando el hombre se acerca. ¿Te has dado cuenta de cómo huyen los animales de la presencia del hombre? Cuanto más conozco a los hombres, más amor siento por los animales... Quisiera poder contarles mis fábulas en su len-

gua, y decirles: "¿Sabes?, ¡oh lobo!, devorador de corce-
ros; existen unos animales, los hombres, que también se
matan unos a otros. Pero no comen los cadáveres...; los
cubren de tierra, para los gusanos, o matan para alimentar-
se... Matan por el placer de matar".

CLEIA (*divertida*). — ¿Cómo aprenderías el lenguaje de
los animales?

ESOP. — ¿No he aprendido ya el de los hombres? Los
hombres hablan y nunca se entienden. Los animales, sí; con
un simple grito, dicen: "¡Quiero amar!", "¡Tengo ham-
bre!", "¡Viene el enemigo!", "¡Estoy herido!". Imagínate
cuánta sutileza es necesaria en el son para expresar todo
esto con un mero gorjeo, con tan solo bramar, o ladrando,
con un arrullo, o con un pío-pío. Figúrate que tuviésemos
un oído tan depurado, que al pronunciar una palabra...
—amor—, pudiésemos saborear todos los sonos que la en-
tremejen, los sonos ignorados, los sonos que desperdiciamos
con nuestros oídos torpes y duros. ¡Ah!... Ser libre es
oir la voz de la libertad, que canta en todos los sonos.

CLEIA. — ¿Quieres de veras ser libre? Aprovéchate aho-
ra: ¡huye!

ESOP. — No puedo... Mírame. La libertad es no estar
en peligro de ser apresado. La libertad no es un acto clan-
destino. Todos han de saber que la gente es libre... Sa-
berlo y respetarlo.

CLEIA. — ¡Huye! Le diré a Xantos que yo te dejé libre.

ESOP. — Xantos te castigaría...; y para que haya li-
bertad, es preciso que nadie sea castigado por su causa. Si
yo sintiera un solo remordimiento por mi libertad, no sería
libre.

CLEIA. — ¡Qué ingenuo eres!

ESOP. — Xantos es más ingenuo que yo... Inventó un
mundo de deseos satisfechos, y cree que ese mundo existe.
Yo soy parecido a ti: no me resigno.

CLEIA. — ¿Cómo sabes que yo no me resigno?

ESOP. — Lo veo en tus ojos. A veces, brillan como si
hubiese dentro de ti un amanecer de anhelos. Después, su
luz languidece como una puesta de sol.

CLEIA. — Te prohíbo mirar mis ojos.

ESOP. — Tienes razón. No es justo que mi cara se re-
fleje en tus pupilas. (*Cleia baja los ojos, se reclina en el*
"clisnós").

CLEIA. — Cuéntame una fábula.

ESOP. — Un lobo vio un perro muy gordo aprisionado
por un collar, y le preguntó: "¿Quién te alimenta así?"
"Mi amo, el cazador", —contestó el perro—. "Que los dioses
me guarden del mismo destino" —exclamó el lobo—. "Pre-
fiero el hambre al collar".

CLEIA (*riéndose*). — ¿Le has contado esta fábula a
Xantos?

ESOP. — Se la conté... y al terminar me dijo: "¿Qué
significa?"

CLEIA. — Cuéntame ahora una para mí.

ESOP. — Una zorra hambrienta vio un racimo de uvas
en lo alto de una parra; quiso alcanzarlo, pero no lo con-
siguió. Y entonces, se alejó diciendo: "Están verdes".

CLEIA. — Te pregunto lo mismo que Xantos: ¿qué signi-
fica?

ESOP. — No, tú no puedes hacerme esa pregunta. No
tienes por qué hacerla. (*Por la puerta del fondo entra Xan-
tos rápidamente. Viene contentísimo.*)

XANTOS. — ¡Cleia!... Me alegro de que estés aquí...
Y tú también, Esopo. ¡Acabo de hacer un descubrimiento
en la plaza! ¡Un descubrimiento maravilloso! Vas a ver...
Algo que te va a desconcertar. (*Confidencial.*) Un hombre
raro, rarísimo.

CLEIA (*despectiva*). — ¡Bah! Uno de tus descubrimientos.

XANTOS. — Más raro que el de Esopo... Un hombre